

LIC. ALBINO ACERETO

EL GENERAL OBREGON AL
TRAVES DE SUS DISCURSOS

MEXICO.—1920

1920

**EL GENERAL OBREGON
AL TRAVES DE SUS DISCURSOS,**

POR EL

LIC. ALBINO ACERETO.



**MEXICO.
ANTIGUA IMPRENTA DE MURGUIA.
Avenida 16 de Septiembre, 54.**

1920

DOS PALABRAS.

El móvil que me ha impulsado a emprender este ligero estudio ha sido el de dar a conocer mis impresiones acerca de la personalidad del General Obregón, tal como se ha revelado en los discursos que han sido la base de mis razonamientos. Y para robustecer la fuerza de las conclusiones que, por sí solas, se imponen al lector, de las que a veces hago caso omiso, se verá que ellas surgen del texto mismo de los párrafos que se transcriben.

A manera de apéndice incorporo los discursos, cuyo meollo es lo que hay que buscar, tales como publicó la prensa de Mérida las versiones taquigráficas que de ellos se tomaron, durante la reciente gira política del General en la Península; y sin estar del todo conforme en algunas de las afirmaciones y en uno que otro punto de detalle que dichos discursos contienen, puntos de vista que, por otra parte, son accidentales para el fin que se propuso el autor, así como para el propósito que me anima que es el de emitir un juicio crítico acerca de las materias importantísimas que se tocan, sí me es grato expresar que esas piezas, que paso a considerar, han traído a mi espíritu desesperanzado un vivificante aliento de esperanza, ya que me contaba en el número de tantos mexicanos que habían perdido la fe en la propia salvación.

El lector juzgará más acertadamente de lo que yo pudiera haberlo, después de conocer el sano programa de reconstrucción nacional, que es la médula de los discursos del General Obregón, programa que si nos lleva a la reconstrucción de algo de lo mucho moral y materialmente destruído o quebrantado, como son, la moralidad privada y pública de los servidores del Estado, así como la conciencia de sus responsabilidades, las fuentes mermadas de la producción, la Hacienda Pública con todos sus importantes problemas por resolver, de ellos la reanudación del servicio de la Deuda que traerá la reconquista del perdido crédito; ramo en el que tanto se requiere la acción de un hombre capacitado y sereno; sacando, en fin, al país de esta postración en que lo han dejado tantos años de revuelta y de gobierno anárquico, es indudable que entonces se habrá hecho mucho más de lo que en general se es-

pera, y es inexcusable que haya un solo mexicano que deje de prestar su apoyo y de llevar su aplauso a tan levantados propósitos.

Ha sido parte principalísima que me decidiera a este estudio, después de llegar a una convicción fuerte, hasta donde lo permiten las convicciones políticas que son tan a menudo desvirtuadas por móviles apasionados y místicos, el deseo de llevar una orientación (dígoles sin modestia, ya que esa orientación no está en mis palabras sino en los discursos a que me refiero) al pueblo de Yucatán, mi Estado natal, tan sacudido por apasionamientos políticos cuyas consecuencias, funestas ya, todavía no sabemos hasta dónde lleguen, si no hay juicio, sensatez y un sentimiento de cordialidad en los llamados a resolver acerca de sus destinos. Por eso dí publicidad a mi trabajo en "La Revista de Yucatán", cuyas columnas me ofreció su ilustrado Director don Carlos R. Menéndez para ese objeto. Pero como, aunque en menor grado, el caso de Yucatán es el de toda la República, y, por otra parte, hay cierta ansiedad proveniente de no ser el llamado a ocupar la silla presidencial, en un futuro próximo, bastante conocido, puesto que no le hemos visto todavía desempeñar las arduas funciones de estadista, sino las de experto militar y hábil político, me ha picado el deseo de dar a conocer en mayor amplitud el fruto de mis breves disquisiciones por medio de este folleto, que acaso sea parte de un trabajo que maduro acerca de nuestras cuestiones políticas.

Hasta hoy, desde que se iniciara el doloroso período de nuestras luchas intestinas, después de la caída del Gobierno de Madero, el criterio dominante de la política mexicana ha sido invariablemente el de la pasión, el del odio, criterio que tanto influyó para que fuera derrocado aquel gobierno. En el programa del General Obregón, quien al través de sus palabras deja en el ánimo la impresión de ser un hombre mental y moralmente equilibrado, se revela un criterio de fraternidad, de atracción: un amplio espíritu de concordia, un vivo interés por la suerte de las clases proletarias e incultas, cuyo mejoramiento no busca precisamente en las teorías de Lenine, impera en sus conceptos, y en esto más que en otra cosa, porque hay que esperar más del amor que del odio, es de donde puede venirnos, solamente, la ansiada salvación.

México, 22 de octubre de 1920.

ALBINO ACERETO.

EL GENERAL OBREGON AL TRAVES DE SUS DISCURSOS.

I.

Ha habido, para nosotros, la oportunidad de tener un breve contacto con el hombre destinado a ser el futuro Presidente de México. Personalidad hasta hace poco tiempo casi totalmente desconocida, fuera de su actuación militar, para la generalidad de los mexicanos que no han tomado parte activa en la lucha armada que ha agitado al país desde 1913; poco conocida aun para aquellos que más o menos observadores y conscientes hemos seguido, con el interés que el fenómeno requiere, el proceso de la revolución mexicana en el doloroso calvario que han recorrido, o para decir mejor, hemos sido obligados a recorrer los hijos de México, y en el que, en la batahola resultante, más que de los choques políticos, del desbordamiento de las pasiones; en medio del desenfreno de los partidos o facciones que han llegado al Poder, creando situaciones morbosas en las que al lado de los grandes intereses materiales que fueran la fuente de la vida económica del país han naufragado también altos intereses morales, intereses valiosos que constituyen la fuerza y principio vital de toda colectividad, de toda sociedad humana, hemos visto surgir falsas personalidades para volverse a hundir en la nada, de donde surgieron, sin que nos quedara de su paso más que la memoria de sus expoliaciones, de sus intemperancias, y las funestas consecuencias que causan a toda sociedad desacertados gobiernos que, sobre la deleznable base de la ignoran-

cia y de la soberbia, de infundada suficiencia, han pretendido encauzar por nuevos y fantásticos senderos la marcha de la sociedad.

No nos era desconocida, decíamos, la actuación del divisionario sonoreño en los azarosos campos de Marte. Desde que se inició el movimiento armado que, como una reivindicación del menoscabado honor del pueblo mexicano, dió al traste, después de cruenta lucha, con la usurpación de Huerta, se destacó la figura del General Alvaro Obregón, y después del período difícil de los comienzos en que tenía que combatir contra fuerzas disciplinadas, sus huestes, cada vez más numerosas y aguerridas, avanzaron victoriosas, del remoto Estado de Sonora, por las regiones occidentales de México, hasta Guadalajara, entrando al fin a la Capital en agosto de 1914, al mismo tiempo que otros contingentes revolucionarios.

Tal fué su intervención en la primera etapa de la revolución constitucionalista, justificable, sin duda, ya que hasta entonces tuvo por objeto derribar el gobierno emanado de una oprobiosa traición y de un horrendo crimen, para restaurar el imperio de la Constitución. Siguió la famosa junta de jefes revolucionarios que se denominó Convención de Aguascalientes, y al surgir las desavenencias entre ese cuerpo y el Jefe de la Revolución, tuvo, el que estas líneas escribe, por esos días caóticos, la oportunidad de recoger de los labios de don Venustiano Carranza, estas trágicas palabras: "Hasta hoy la lucha ha tenido por objeto el derrocamiento de Huerta; ahora va a seguir la verdadera revolución"; palabras que nos impresionaron dolorosamente, porque no respondían a un ideal, sino que las provocaba la rivalidad de dos hombres, de los que, justo es decirlo, no era mejor la causa del que a la postre fué vencido en la contienda. Y, al ocurrir el rompimiento definitivo, el General Obregón se puso del lado de Carranza, y es de sobra sabido que sus condiciones de organizador y sus indiscutibles dotes de soldado determinaron el triunfo decisivo sobre la famosa División del Norte en los campos de León y de Celaya. Ministro de la Guerra después, en el Gobierno del señor Carranza, dejó la cartera al iniciarse el período constitucional.

74

Sin conocer acerca del General Obregón más que lo antes apuntado de su carrera militar, hubo de llamarnos la atención, así como a todos aquellos que seguían la marcha de los acontecimientos políticos, aquel voluntario alejamiento cerca del Presidente que tomaba posesión de su cargo, visiblemente distanciado de él. ¿Lo hacía el divisionario para no participar de las responsabilidades consiguientes de formar parte de un gobierno en el que, desgraciadamente, había muchas corruptelas tanto políticas como de orden administrativo, evitando así que se desgastara su personalidad, lo que indefectiblemente hubiera sucedido de quedar incrustado en aquel Régimen; lo hacía aguijoneado por el acicate de la ambición, cuyos primeros esbozos se producirían en la Convención de Aguascalientes, consciente ya el caudillo de su fuerza, con la mira de prepararse con su actitud expectante una posición política que, fundada sobre la base de su prestigio militar, de su poderoso ascendiente en los mejores elementos del nuevo Ejército, de sus inteligencias, acaso, con varios de sus jefes y con no pocos civiles, le permitiera algún día escalar las gradas del Poder, o porque le repugnaba el que el señor Carranza continuara en el mando cambiando sólo la denominación de su investidura? Mucho de eso habrá habido; y ahora que ha pasado el tiempo y se han desarrollado los últimos acontecimientos que hemos presenciado, nos damos perfecta cuenta del alcance de aquella percepción política cuya finalidad era perseguir el triunfo no por medio de la acción sino por medio de la espera; y saber esperar es lo que menos han podido hacer nuestros políticos, porque la ambición es, las más de las veces, desatentada e impaciente. Sí, mucho ha de haber habido; y todavía más, es de presumirse que aun en el caso de que el Presidente Carranza no se hubiese empeñado en imponer a alguien, y en buena lid—que, por cierto ¿quién iba a calificar?—hubiera obtenido el triunfo en los comicios el candidato llamado civilista u otro cualquiera, el conflicto habría venido necesariamente, y no porque queramos hacer el cargo de que fuera el mismo General Obregón quien lo precipitara, sin pretender preservarlo tampoco de cualquiera suposición distinta, sino porque

sus partidarios estaban resueltos a encumbrarlo, y entre ellos había, no solamente una decisión completa, y ya se sabe la fuerza determinante de la decisión para alcanzar al éxito, sino también muchos jefes y una numerosa oficialidad que habrían hecho que la balanza se inclinara del lado del popular Jefe de las Campañas de Sonora, del Norte y del Centro de la República, y que había coronado a la Revolución con la victoria.

Pero las cosas vinieron mucho mejor para las miras del caudillo. Más hicieron para que triunfara sus enemigos que él mismo. El Presidente se creyó suficientemente fuerte, y suponiendo que el ejército sería inconsciente y dócil instrumento de su voluntad, preparó la imposición. Vino el choque con el gobierno francamente obregonista de Sonora, que no quiso dejar que su antagonista tomara posiciones. Era el momento pacientemente esperado; tuvo el General la penetración de comprenderlo; se fué al campo, y aquel gobierno que se creía fuerte, rodó, cayó, con la nota únicamente discordante y triste del trágico fin del Presidente que, siendo acaso el político de México sobre quien pesan las mayores responsabilidades históricas, tuvo el mérito que no dará al olvido la posteridad, de protestar con las armas en la mano contra la usurpación, acaudillando al ejército reivindicador.

No teníamos, en verdad, respecto del General Obregón, un conocimiento más amplio del esbozado en los párrafos que preceden, y, más todavía, al presentarse a la liza política, más bien hemos tenido un concepto poco favorable de sus condiciones para ocupar la silla presidencial, habituados como hemos estado de ver los fracasos de tantos hombres nuevos que, envanecidos por el triunfo y por la adulación, y desprovistos de la preparación y de la cultura adecuadas, así como de un talento natural que suple, y a veces con ventaja, aquellas deficiencias, han desempeñado altas funciones de gobierno. Pero sus discursos en la Península Yucateca, que han sido de los más notables que ha producido, al dirigirse a las diversas agrupaciones políticas y sociales que lo han hecho objeto de sus agasajos; discursos elocuentes que siquiera sea brevemente nos proponemos analizar, para ver de sacar de ellos la mayor can-

idad de conclusiones, nos permitirán conocer o apreciar mejor la original y poderosa individualidad del sujeto. En efecto, tuvimos ocasión de oírle hacer uso de la palabra varias veces, y las ideas que vertiera, la sinceridad y aplomo de su clara y rotunda expresión, el alcance de los conceptos emitidos, el profundo sentido político que encierran, datos son, todos, reveladores de una personalidad que no solamente se sale de la vulgaridad de que estamos ahitos, sino que se eleva a grande altura. Y esta impresión no es exclusiva del autor de este estudio; es la de la generalidad de las personas que han prestado al asunto el interés que, naturalmente, había de despertar.

Claro es que no faltarán gentes que, de buena fe, pero para quienes, por los desengaños sufridos en la amarga experiencia de la vida (sobre todo, de la vida política) no se pueden abrir las puertas de la esperanza, que estimarán candorosas nuestras apreciaciones y deleznable la base de una fe fundada en palabras, en conceptos bellamente expresados, ya que no en vano se ha dicho, desde muy luegros años, que obras son amores y no bellas razones; pero ha lugar a hacerles observar que las palabras tienen más fuerza y más verdad cuando quien las emite no es un hombre artificioso ni un cortesano; cuando tras las palabras hay una vida y una conducta anterior que abonan su sinceridad; cuando salen habladas y no escritas, porque los conceptuosos manifiestos de los próceres, galanamente impresos, no tienen de ellos, a las veces, más que el nombre, mas no la legítima filiación, en tanto que la palabra hablada, que surge al calor del entusiasmo, provocada por el asunto que se debate y en el que se piensa, es un reflejo del espíritu, es una promesa, es una prenda que da la convicción. Bien sabemos que no todas las promesas se cumplen, que no todas las convicciones permanecen enhiestas; somos humanos, juzgamos a un humano, pero para gloria de la humanidad, dentro de lo humano no todo es perversión, maldad y falsía; existe el honor, existe la virtud, palpitan los impulsos generosos, y si no creemos en algo noble, que nos dignifique, serán mayores nuestras miserias.

II

Al contestar el General Obregón el ofrecimiento que se le hizo del banquete dado en su honor en el foyer del teatro "Peón Contreras," en Mérida, cerró su breve exordio, para captarse mejor la benevolencia de sus oyentes, manifestando la pena que le causaba el que los gobiernos del Centro solamente hubiesen tratado de conservar con Yucatán, como "única relación, la relación del cincuenta por ciento de la contribución federal." Ya se comprenderá que con aquella declaración que implicaba por parte del hombre llamado a regir los destinos de México el reconocimiento de un estado de cosas que puede mejorarse, el orador se ganó no tan sólo la buena voluntad de su auditorio, sino la de todos los habitantes del Estado.

Analizaremos separadamente los dos puntos culminantes que ha tocado al hacer uso de la palabra en distintas ocasiones, y consideraremos brevemente los demás, sin tener la seguridad de que queden comprendidos todos.

EL PROGRAMA DE RECONSTRUCCION.

Este punto, de capital importancia, lo abordó en los siguientes términos: "A las grandes enfermedades siguen siempre las grandes convalecencias, y después de la lucha que hemos venido sosteniendo durante diez años para conquistar nuestros derechos cívicos, es natural que estemos iniciando el período de convalecencia nacional, donde vamos a demostrar al mundo que somos capaces de reconstruir la Patria que **hemos semidestruido**, o si somos capaces sólo para destruir y no para reconstruir la Patria del Futuro. Después de las grandes convalecencias es la habilidad e inteligencia del médico lo que logra salvar a los enfermos. En el caso de nosotros, el enfermo es el pueblo y el médico el contingente de mexicanos que han logrado obtener la mejor ilustración en las escuelas de la República. Y son los hombres que han recibido alguna educación, y son los hombres a quienes puede considerarse los cere-

bros de la República, sobre los que pesa más directamente la responsabilidad de la reconstrucción nacional."

Este es un lenguaje nuevo que no estábamos acostumbrados a escuchar. Es la primera vez que uno de los jefes revolucionarios solicita el concurso de la intelectualidad para llevar a cabo la obra de reconstrucción, obra que traerá aparejada la del afianzamiento de la independencia nacional, porque mientras no estemos normalmente organizados, son muchos los peligros que la amenazan. Hemos podido observar que desde hace algún tiempo se iniciaba la tendencia de tener en cuenta al elemento intelectual, pero sin que se tuviera la comprensión del papel que desde un punto de vista sociológico le corresponde. ¡Cuán lejos de eso hemos estado durante muchos años, cuando el ser abogado era un delito; cuando poseer cierto grado de cultura era una culpa grave, motivo para ser visto con prevención por parte de los gobernantes; cuando hasta los intermediarios de operaciones mercantiles y de bolsa que se afanaban para llevar con su trabajo el pan a sus hogares, en una época en que era tan difícil la vida, eran ultrajados y encarcelados, bajo la maquiavélica acusación de ser los culpables de la baja del papel, cuando en realidad esto sucedía, fuera de las razones económicas, porque se producía a toneladas que, así y todo, eran insuficientes para satisfacer las concupiscencias y los derroches!

Y es verdad que no solamente al gobierno incumbe la tarea reconstructiva. Por poderosa que sea su influencia social y por idóneos que sean sus hombres, poco hará si falta la acción directriz de los pensadores, de los hombres de empresa. Dé el gobierno garantías y seguridades bajo un amplio criterio económico, científico; haya justicia que acabe con la disolución provocada por el desbordamiento de apetitos malsanos, y, renaciendo la confianza, las actividades individuales responderán.

Parece que el principio vital de todos los discursos del General es el del programa de reconstrucción, que no podría realizarse si no se estableciera que la libertad tiene un límite que no se puede rebasar sin detrimento de la moral, pensamiento que enuncia como sigue: "Decía en Campeche, y repito aquí, que estamos en un peligro, en el peligro de

incurrir en el error opuesto de confundir nuestras libertades y prostituir las, convirtiéndolas en libertinaje." Y como no cabe un plan de gobierno donde hay excesos demagógicos, véamos en qué forma, para no herir, los condena, como para encauzar los ánimos movidos: "Quiero repetir las recomendaciones que hice hoy en la tarde: es necesario, para el buen nombre de este partido (socialista), que esté siempre alerta y no permita que se mezclen en sus filas hombres que quizá vengan pagados por los enemigos de las libertades (sic) para inyectar la ponzoña, sembrar la cizaña y predicar la anarquía."

Señala también los escollos que hay que salvar para llegar al puerto cuando expresa que "si ha sido una tarea muy difícil gobernar a un Estado en tiempos normales o seminormales, podríamos decir, ya que para desgracia nuestra la vida normal de la República ha tenido períodos tan raquíticos, es mucho más difícil en estos momentos en que en el mundo chocan intereses diversos, y se producen crisis cuyos resultados todavía no se atreven a predecir los hombres de Estado." "No es tarea de un hombre encauzar a un pueblo; es tarea del pueblo mismo. En nuestro país, en un período ya muy prolongado y doloroso, hemos venido buscando una orientación para acabar con nuestras luchas intestinas y establecer definitivamente los derechos de cada uno. Esa orientación no puede darla un hombre si no lo apoyan en su misión todos los hombres que crean que deba seguir esa ruta y que tienen la obligación de cooperar con aquel hombre por el cual han depositado su voto, porque en él han depositado su confianza."

Siendo la paz la base fundamental de la reconstrucción, y la prenda más segura para alcanzar tan preciado bien un amplio espíritu de concordia, un sentimiento de fraternidad y de amor, pesemos los elevados conceptos contenidos en los párrafos que siguen, dichos en una reunión de comerciantes y hacendados, en que había un importante concurso de hombres cultos.

"Nuestros gobiernos anteriores, no sé si por falta de voluntad o por falta de fondos tal vez, descuidaron la instrucción de una gran mayoría de nuestros conciudadanos, y ese formidable lastre que pesa sobre toda evolución or-

denada y sistemática, tenemos que orientarlo cuidadosamente, porque de lo contrario correríamos el riesgo de naufragar, porque el lastre pesaría más que las fuerzas de la nave."

"La ignorancia de esa gran mayoría de nuestros conciudadanos, no debe despertar en nosotros desprecio y mucho menos odio; ellos son mucho más pobres que nosotros, porque no tienen una ilustración suficiente que les permita definir sus derechos, saber dónde terminan los de ellos y dónde empiezan los de los demás. Debemos entonces buscar los medios constantemente, sin descansar un sólo instante, de llevar la persuasión a sus conciencias, de llevar un consejo bienhechor a sus oídos, y no palabras que exasperen su ignorancia y que los hagan desesperar en su insignificancia. Si mañana nuestra incapacidad nos demuestra que no hemos podido reconstruir a la Patria, el mundo civilizado no va a condenar a esos millares de indígenas que no saben leer ni escribir; va a condenar a los hombres que recibieron alguna ilustración en las escuelas, que recibieron algunas cátedras de moral en los hogares y que no supieron hacer uso de ellas para encauzar a esas masas ignorantes y desheredadas".

"Yo he podido hablar en Yucatán donde he sido escuchado por masas populares en las que predominaba indudablemente el elemento inculto, y no ha salido de mis labios ni una sola frase que tienda a soliviantar su espíritu, ya demasiado sacudido, ni a herirlo en su amor propio, ni a hacerle sentir el peso de su ignorancia. Han sido mis palabras de consuelo y de cariño. Ese pueblo, con el que he podido vivir vinculado durante muchos años, ha ido a la lucha a llevar un poderoso contingente de sangre en cambio de una esperanza que venga a alegrar las tinieblas de su vida, y allá en la lucha han quedado muchos de esos hombres que han ofrendado su vida por la salvación de sus hermanos".

"Las revoluciones, señores, no son manantiales de bienandanzas; son sacudimientos que a los pueblos causan grandes daños, y sus frutos no pueden recogerlos sino las generaciones venideras. Las revoluciones enrolan entre sus caudillos a hombres de diversas tendencias y de diverso

1920

nivel moral, y muchos tratan de prostituirlas y de desprestigiarlas creyendo que las revoluciones se hacen para el medro personal. Y es por eso que algunos escépticos llegan a condenar una revolución por los actos aislados de algunos de sus caudillos. La revolución mexicana, en la que he venido tomando alguna participación desde que se iniciara, ha traído como base los anhelos más nobles y los ideales más puros. Sus caudillos no todos respondieron; muchos prostituyeron sus galones y los convirtieron en dólares, muchos agitaban al pueblo y buscaban populacherías callejeras con detrimento y desprestigio de la parte fundamental que persigue nuestra revolución”.

Veamos cómo hablaba otras veces: “El socialismo lleva como mira principal tender la mano a los de abajo para buscar un mayor equilibrio entre el capital y el trabajo, para buscar una distribución más equitativa de los bienes con que la naturaleza dota a la humanidad...”

“Es indudable que la verdadera igualdad, como lo anheláramos o la anhelamos, no podría realizarse en toda la amplitud del concepto, de la palabra, porque en la lucha por la vida hay hombres más vigorosos, más inteligentes, hay hombres acondicionados, preparados, física o intelectualmente mejor que los demás, y esos, es indudable, son los que tendrán que sacar mayores ventajas a sus esfuerzos en la lucha por la vida”.

No precisa decir más en elogio del programa expuesto; tan seductor, que no siendo por hoy más que una promesa constituye una hermosa esperanza. Haga de él el lector la apreciación que corresponda, que a nosotros nos parece que una profunda sagacidad política, que no sabemos hasta donde nos conduzca, pudo nada más producir, no tan sólo el programa sino su enunciación, y que si se ejecuta aunque sea en parte, con la habilidad con que ha sido expuesto, se habrá hecho mucho por el bien general.

Pero, ah, ¡cuántas condiciones se requieren para gobernar bien! La sola buena intención, el talento más preclaro, la preparación mejor, la honradez misma, pueden llevar al fracaso si no se tiene ese instinto de gobierno, el acierto de la selección, el don de conocer a los hombres, esa ciencia de tener acierto, a la que se oponen el arrullo de la adulación

rastrera, las funestas y odiosas camarillas, la a veces nociva influencia de los hombres que rodean al gobernante y que con una sutil malla pueden envolverlo sin que pueda darse cuenta de la red que lo aprisiona!

III

LA CONCIENCIA DE LA RESPONSABILIDAD.

Bajo el reinado de Carlos V, bajo ese gobierno absoluto del Siglo XVI, los conquistadores de estas tierras de América tenían que responder ante jueces de Residencia de los actos de su gobierno, por las vejaciones e injusticias que cometían hasta en contra de los mismos naturales a quienes habían sometido, no obstante los eminentes servicios que habían prestado aquellos insignes varones, al ganar para los reyes de Castilla “más provincias que ciudades habían heredado de sus antepasados”. Cortés y Montejó fueron sujetos a estrechos juicios de Residencia. Eso era bajo una monarquía absolutista fundada en el derecho divino; pero en el México del Siglo XX es donde hemos visto más perfeccionado el régimen del absolutismo en la forma despótica como lo tuvo Persia bajo Cambises, Roma bajo Cayo Calígula. Turquía bajo Solimán el Magnífico.

Los hombres que viven en el seno de una sociedad civilizada deben tener la conciencia de sus actos y ser ésta el criterio regulador de su conducta. ¿Es lícito, acaso, a los caudillos de una revolución triunfante, entendiendo por tal a un movimiento armado que derriba a un gobierno de hecho constituido, cometer toda clase de atentados, hacer exacciones exorbitantes, ejercer terribles venganzas; ejecutar una completa función destructiva, sin tomarse la pena de rendir cuenta del manejo de los caudales, de su gobierno, para dar a la opinión pública, aunque así fuere, una idea de la razón de sus actos, para pretender justificar o explicarlos siquiera? Tales procedimientos que podemos históricamente llamar carrancistas porque fueron de corriente observancia durante el gobierno del señor Carranza, y en los que principalmente se fundan las responsabilidades históricas que, a nuestro juicio, pesan sobre él, parecía que no

había por que tomarlos en consideración, y que eran como derivados naturales y legítimos del derecho de conquista. Sabemos y comprendemos que en el terreno militar, en el estado de guerra, es fácil dar explicación satisfactoria de los mayores atentados y que es muy difícil determinar la culpabilidad; pero ¿cabe decir lo mismo de los gobernantes civiles, llamados a llenar las funciones de los hombres de Estado que, con ese carácter, ejecutaron actos semejantes?

Pero aparte de aquellos procedimientos que implican verdadera responsabilidad criminal, hay que considerar la naturaleza, condición y responsabilidad meramente políticas o morales en que incurren los que acaudillan, encauzan o se afilian a un movimiento que, aunque sea justificado, trae como consecuencia la perturbación del orden, el derramamiento de una sola gota de sangre, la consumación de un perjuicio, responsabilidades de las que, en todo caso, debe conocer la opinión que tiene el derecho de ser satisfecha mientras llega el fallo inapelable de la Historia; responsabilidades a las que el hombre digno, el hombre consciente, se debe sujetar. A ellas alude el General Obregón, y es lo que más le honra, cuando dice que debemos demostrar que somos capaces de reconstruir esta Patria "que hemos semi-destruido". Es el primer representante de la revolución constitucionalista que reconoce y declara honradamente la existencia de esa responsabilidad cuya magnitud hemos señalado ligeramente el hablar de los excesos que se han cometido.

Bien que, en esta materia, cabe recordar las palabras evangélicas: "El que esté libre de culpa que arroje la primera piedra". Todos los mexicanos tenemos algo de qué responder. En diferentes grados, lo mismo los que extraviados por el error, la ambición o la perfidia, esperaban, o decían alcanzar la salvación de la Patria mediante la destrucción de la legalidad representada por Madero; lo mismo el adepto de Huerta que aplaudió cuando se consumara el sacrificio; lo mismo los que para vengar aquel atentado cometieran innúmeros desmanes, como los que encastillados en su egoísmo explotaban el trabajo humano sin hacer nada de lo que debían para levantar la condición de sus hermanos, hasta

que la revolución viniera a proclamar ideales de redención, todos, todos tenemos culpa, revolucionarios y no revolucionarios; todos debemos las reparaciones que nos incumben, siendo altamente consolador que se muestre consciente de las responsabilidades de la Revolución su caudillo más prestigiado, porque así estará más capacitado para satisfacer las que sean reparables.

De todos modos, más graves son las responsabilidades de los que habiendo traído trastornos completos de la paz pública llegan a las alturas del Poder. Ellos, antes que nada, deben restablecer la paz que han perturbado. Si la sociedad vivía antes bajo un gobierno ignominioso, están obligados a sustituir éste por uno que la honre; están obligados a producir, un mejoramiento, y es esto lo único que puede justificar el trastorno causado a la vida normal de la sociedad. Es necesario que todos se den cuenta de que sus actos políticos, desde que se producen afectando el interés de la sociedad, les hace incurrir en responsabilidades que no por no ser exigidas dejan de existir, pues si así no fuere retrogradaríamos a las tenebrosas épocas del hombre primitivo, del habitante de las cavernas, cuya mentalidad parecen tener los que de distinto modo han procedido. Tenga el gobernante la clara percepción de sus responsabilidades como tal, después del conocimiento de aquellas en que políticamente ha incurrido; huya de la creencia de ser un superhombre, que es lo que ha extraviado a otros quizás bien intencionados; tengamos conciencia de las responsabilidades que a nosotros nos corresponden, sobre todo la ingente de la reconstrucción nacional, y, sumando los esfuerzos individuales en toda la medida de nuestra posibilidad, dando de sí cada uno lo que pueda, idea o músculo, que si la una es la antorcha que disipan las tinieblas, el músculo es el esfuerzo, es la acción, cooperemos decididamente para entrar de lleno en el concierto de la civilización.

IV

Relacionados con los puntos precedentemente expuestos de la reconstrucción nacional y de la conciencia de las responsabilidades adquiridas, así como de las que se imponen

a todos los hijos de México, especialmente, a los elementos conscientes, para emprender aquella magna obra, tócanse, en los discursos que analizamos, otros no menos interesantes aspectos de gobierno o de política, con sorprendente sagacidad, como no dejará de comprenderlo quien atentamente los lea y medite.

Considera el General Obregón el último movimiento como una necesidad del civismo para librarse de la imposición que se pretendía; condena los medios de violencia y expresa que los que estén con la ley estarán cerca de él, y no cesa de recomendar a los partidos políticos que se siga una orientación moral. "Vigilad por la moral de esa agrupación; vigilad porque todos sus actos se sujeten a la moral, y entonces tendréis en mí al más ardiente defensor del Partido Socialista de Yucatán". Encarece a las multitudes el importante papel de la evolución como factor del progreso de los pueblos, cual conviene hablar, desde las alturas del Poder, a quien ha de ser quien dirija ese pacífico movimiento; y esa recomendación que a nuestro juicio es sincera, como exacta es laudable; más si no fuera sincera sino recurso político hábilmente empleado, sería mejor todavía, porque las dotes del político, más que la sinceridad reveladora de un buen natural, son las que más se requieren para hacer un buen gobierno, y es obvio que es esto lo que más necesitamos.

No podían tampoco, menos de causarnos viva satisfacción estas palabras: "Yo decía en una ocasión, me parece que en Puebla, que no tengo ninguna preparación política para gobernar a un país; pero sí tengo una preparación moral para que me sirva de línea de conducta, y selle todos mis actos". Bello y noble pensamiento dicho con toda naturalidad, sin petulancia, y que, acaso por ser el único o de los pocos pasajes en que habla de sí mismo, se escucha sin chocar.

No sabemos, en verdad, qué sea lo que más nos llame la atención de las ideas expuestas, de sutilísimo alcance político, que es esto su tono dominante, el eje en torno del cual giran. Con respecto a su gestación y exteriorización, ¿son resultado de la habilidad exclusivamente, es decir, del artificio, o lo son de un instinto, de un dón natural de haber na-

cido político como se nace poeta? Si lo primero, el autor revela suma capacidad política: si lo segundo, también un espíritu bien dotado, una feliz disposición. Ahora bien, todas esas condiciones no serían bastantes sí, como algunos dicen, se trata de un hombre de carácter impulsivo, de pasiones violentas e irrefrenables; si carece del don de gobierno. Pero tenemos la impresión de que no es así; un carácter de impulsos violentos se opone a la discreción y tacto que esos discursos revelan; un hombre que no domine sus pasiones, aunque éstas sean vehementes, no tiene la paciencia para esperar, salta, como comumente se dice, las trancas; y este hombre ha sabido esperar y ha sabido encaminar y controlar sus aspiraciones más caras, observación que nos es dable hacer ahora, encadenando los acontecimientos de los últimos tiempos, a él relacionados, con los anteriores de su vida política, y cuya significación sospechábamos, ciertamente, pero que atribuíamos, vemos hoy que erróneamente, a una vulgar ambición, que es casi tanto como decir, a la ambición de un vulgar.

Acaso en la primera etapa de su vida de soldado haya sido el General Obregón, lo que muchos temen que sea hoy todavía, un hombre violento, que en los azares de la lucha, en el enardecimiento que esta produce, las fuertes excitaciones que el espíritu recibe, hacen explicables ciertos actos o cierta conducta que, desde el tranquilo ambiente del gabinete condenamos sin tener en cuenta las circunstancias en que se produjeron.

Una observación, que por cierto nos ha hecho cavilar, se nos ocurre; ¿por qué en el breve lapso de los últimos seis años el tiempo ha hecho en su persona los estragos de veinte? A todos los que lo conocieron antes nos ha llamado la atención tan notable cambio. A esa transformación ha debido corresponder la del espíritu formándose sobre un tipo de mayor equilibrio y ponderación, como para ajustarse el molde adecuado a sus fines, que un buen sentido le indicaba; cambio que seguramente ha sido causado por la fuerza y reconcentración del pensamiento, la inquietud del espíritu que perseguía la dorada ilusión de un espejismo. ¿Era por el ansia, la ambición de llegar; era el dolor, la rabia de ver los inciertos y vacilantes pasos de la Revolución conver-

tida en Gobierno, consciente de su responsabilidad para con su patria, por haber sido el factor determinante del triunfo; era el despecho de ver en el Poder a un hombre que encontraba rara fuerza en su propia obstinación, y que le pagaba los servicios prestados, (hasta llegar a la mutilación) con la mayor de las ingratitudes, cerrándole las puertas de sus ambiciones, cortándole así su carrera política; era, además de eso, la ingenua creencia, por su parte, de que él contaba con los recursos que se requerían para conducir mejor la combatida nave? ¿Fueron los estragos de esas luchas interiores, y no los del tiempo, los que determinaron tan notable cambio? Ha sido también ello resultado de la facultad de adaptación, que es la habilidad innata del hombre para acomodarse al medio en que su acción se ejercita. Y esta cualidad de adaptarse es una fuerza y un freno en un político.

Dejemos estas lucubraciones psicológico-personalistas, bien que no nos apartan un ápice del objeto de nuestro estudio que es procurar conocer al hombre no solamente por sus palabras sino siguiendo también sus pasos por el intrincado campo de la política. Reconocemos que las reflexiones hechas, fundadas en una observación personal, pueden ser calificadas en el fondo como asaz indiscretas, pero en casos especiales, en que se trata de escudriñar un enigma, y en estos momentos en que el General Obregón se presenta como un enigma acerca de cuya personalidad hay una interrogación abierta; es tan tentador decir lo que se piensa!

Y valga la digresión. Siguiendo el hilo interrumpido, cuando el General Obregón habla, nos parece a veces escuchar, desde su cátedra, a un profesor de Estudios Morales o Sociológicos, sin que falte, por supuesto, el brillante barniz del sutil político. Véamos si no. "Mucho me satisface que poco a poco vayamos orientándonos los unos a los otros; mucho me satisface que estemos enteramente de acuerdo en que el camino, esa cuesta arriba azarosa y fatigosa que siguen los pueblos para conquistar sus libertades, no debe hacerse a saltos, sino paulatinamente, en un esfuerzo continuado e interminable. Nunca se llega a la victoria; mentira los que digan que han llegado a satisfacer todas sus necesidades. Cuando se satisface una necesidad comienza

a sentirse otra; porque es siempre el mayor dolor el que reclama toda nuestra atención; pero detrás de ese dolor sigue otro dolor y por eso la humanidad nunca ha dejado de luchar por conquistar un mejoramiento; un poco de moral para nutrir su espíritu". (¿Hemos exagerado algo al referirnos a este párrafo?)

No podíamos terminar este trabajo sin insertar el siguiente en que se toca una cuestión tan importante: "El problema que tiene afectado al mundo en estos momentos, es el choque del capital y el trabajo, y es necesario que cada uno de los hombres que componemos la familia mexicana y que tengamos una pequeña o grande dosis de cultura, llevemos nuestros desvelos a estudiar la manera de resolver esos problemas y procuremos orientar a las masas populares que probablemente se desbordarían si no hay un esfuerzo consciente y sensato que procure encauzarlas". A muchas consideraciones se presta esta materia, respecto de la cual cabe decir: he aquí el problema; que no vamos a estudiar ampliamente para no salirnos de la índole de este trabajo. En México el problema se presenta bajo caracteres típicos, pues si existen agrupaciones obreras que conscientemente luchan por su mejoramiento persiguiendo un ideal de justicia, hay también masas de hombres cuya condición es necesario levantar, y aquí es adonde, como en otra parte dijo el General Obregón, se necesita "llevar la persuasión a sus conciencias", "disipar las tinieblas que las rodean", para que no sean ciegos instrumentos de aquellos pseudo-revolucionario o pseudo-políticos, que, como decía el mismo, sólo se preocupan "del medro personal, buscando populacherías callejeras". Y en esta tarea, así como en el ejercicio de las funciones cívicas, todos deben poner su esfuerzo con inteligencia y decisión; el indiferentismo es torpe, el neutral no es ni androgino, y su condición es respecto del vencedor peor que la del vencido; hay que tener, pues, sexo, hay que ser hombre o resignarse a ser considerado como una indefensa mujer. El mundo, hoy más que antes, pertenecerá a los que trabajen y luchen, y trabajar en un sentido sano, en un sentido ego-altruista, es dar a la actividad todo su desarrollo para procurar nuestro bien y el de nuestros semejantes, y, luchar, es buscar

inteligentemente los medios adecuados para lograr aquel noble fin.

Omitimos considerar otras diversas fases y puntos de vista, sin duda interesantes, para no cansar la paciencia del lector que hasta aquí nos hubiere seguido. No nos ha movido más que el propósito de comentar unas palabras de esperanza que nos han sacudido poderosamente el espíritu, dichas por un hombre que parece llegar al Poder, como lo pensarán los que, exentos de prejuicios las consideran, con una preparación, para el Gobierno, mayor que la de los hombres más notables que han gobernado el país, y en circunstancias de las más difíciles que registra nuestra Historia.

Ponemos punto final haciendo las siguientes observaciones relativas a la significación del General Obregón en la política nacional. En los pueblos normalmente constituidos, que cuentan con instituciones políticas, gubernamentales y militares, respetables y respetadas, cuya autoridad y prestigio garantiza la tradición que es como la estratificación social de los pueblos, el mecanismo administrativo, la estabilidad política, el orden, en una palabra, son más fáciles; se deslizan por un carril tendido, y es posible un gobierno regularizado en el que el jefe no es más que una pieza de la máquina que puede tener todos los repuestos que se deseen. En países como el nuestro, pero muy especialmente en éste, que normalmente regido por sistemas dictatoriales, ha salido de esa forma de gobierno para engolfarse en un largo período de revuelta en el que se han relajado tantos vínculos morales; en que comienza todavía a organizarse el ejército que es o debe ser el guardián, si no de las instituciones, sí del orden, surgen como consecuencias necesarias del estado social, complejos problemas cuya satisfactoria solución se dificulta sobremanera, y para la cual se requieren hombres en quienes se reúnan las condiciones más adecuadas para encauzar y dirigir las fuerzas vitales que conduzcan a la colectividad hacia la realización de sus naturales destinos (Y mientras no surjan esos hombres sigue la disolución). Y ninguno puede, en tales circunstancias, desempeñar esa función reconstructiva de hacer marchar normalmente la vida colec-

82

tiva, si no cuenta con una fuerza material en que su acción se apoye. Y, ¿podría otra persona, en estos momentos, controlar como el General Obregón el ejército, esa fuerza material necesaria, cuyos jefes en su inmensa mayoría le son adictos, adhesión que establece y afirma su indiscutible ascendiente personal? Si la respuesta es negativa, como no puede menos de ser para toda persona de sindéresis, llegaremos a la conclusión de que si no hay ejército que obedezca no habrá paz, no habrá Gobierno, entendiendo por tal, por verdadero Gobierno, a la organización directiva que sobre las firmes bases de la moral, de la ley, de la justicia, rige la marcha de la sociedad para que, dentro del orden, llene ésta la función evolutiva que le corresponde, como agregado que es de seres inteligentes y conscientes; ¿y se concibe cuál sería la condición de México sin Gobierno, cuando aun teniéndolo, son tantos los peligros que nos amenazan? ¡Triste es llegar a esa conclusión, porque ella indica cuán lejos estamos de constituir, no ya una democracia, sino una sociedad normalmente organizada y constituida siquiera!

Para concluir haremos un voto porque este hombre esté a la altura de su misión; porque sus actos de gobernante estén de acuerdo con sus hermosas palabras de levantados ideales y de cordura; porque tenga sentido político para ejecutarlos; porque sepa conocer a los hombres y dar a cada quien lo suyo. Y entonces nos habremos salvado. Y entonces será grande.

ALBINO ACERETO.

APÉNDICE.

Discurso del General Alvaro Obregón al contestar el brindis del banquete dado en su honor en el teatro "Peón Contreras", de Mérida, el 6 de septiembre de 1920.

Desde que comencé a tomar participación en las contiendas políticas y militares que han venido sacudiendo a nuestra patria en los últimos diez años, he seguido con creciente interés los distintos aspectos que en el Estado de Yucatán ha venido tomando el movimiento; y he seguido con creciente interés al Estado de Yucatán, porque lo he considerado siempre como una de las entidades más importantes, tanto por sus riquezas naturales, como por el estado de cultura de la mayor parte de sus hijos (Nutridos aplausos y vivas). Y con profunda pena he visto que el Gobierno del Centro, o, mejor dicho, los gobiernos pasados, han tratado de conservar con Yucatán, como única relación, la relación del cincuenta por ciento de la contribución federal (Delirantes aplausos).

Mi presencia en este Estado no puede considerarse como un interés para reclutar votos a favor de mi candidatura, ya que habría sido demasiado tarde para conseguir ese objeto, y ya que de antemano sabía que la gran mayoría de los hijos de Yucatán estaban en nuestras filas políticas; no podía entonces haberme traído hasta Yucatán otro interés que el de iniciar una nueva era política con los Estados de la Península, para que podamos vivir una vida más estrecha con todas las demás entidades de la República (Aplausos).

A las grandes enfermedades siguen siempre las grandes convalecencias, y después de la lucha que hemos venido sosteniendo durante diez años para conquistar nuestros derechos cívicos, es natural que estemos iniciando el período de convalecencia nacional, donde vamos a demostrar al mundo que somos capaces de reconstruir la patria que hemos semidestruido, para encauzarla por nuevos senderos, o si somos capaces sólo para destruir y no para reconstruir la patria del futuro (Aplausos). Después de las grandes convalecen-

83

cias es la habilidad e inteligencia del médico lo que logra salvar a los enfermos. En el caso de nosotros, el enfermo es el pueblo y el médico el contingente de mexicanos que han logrado obtener la mejor ilustración en las escuelas de la República (Estruendosos aplausos). Y son los hombres que han recibido alguna educación, y son esos hombres que pueden considerarse como los cerebros de la República, sobre los que pesa más directamente la responsabilidad de la reconstrucción nacional, y por eso ahora que estoy señalado por la gran mayoría de la República, para ir a ocupar el primer puesto de la nación, necesito recorrer todas las entidades, necesito recorrer todas las ciudades para conocer a sus hombres, para hacer un balance moral e intelectual (Aplausos prolongados y crecientes).

Es indispensable que nos demos cuenta de las responsabilidades que pesan sobre nosotros, y de las responsabilidades que pesan más directamente sobre los hombres de ilustración y de alguna inteligencia, porque son, como antes decía, los factores que tienen que encauzar las corrientes de la opinión pública.

Decía en Campeche, y repito aquí, que estamos en un peligro, en el peligro de incurrir en el error opuesto de confundir nuestras libertades y prostituirlas, convirtiéndolas en libertinaje (Muchos aplausos).

El Estado de Yucatán puede estar completamente seguro de que desde el triunfo del último movimiento revolucionario, que fué una necesidad del civismo para librarse de la ignominiosa imposición que se pretendía hacer a la República, que desde ese momento, repito, ha conquistado definitivamente su emancipación, y que Yucatán, en lo que respecta a su Gobierno, será absolutamente autónomo y la mayoría de sus ciudadanos será la autoridad que designe a sus mandatarios (Nutridos aplausos). En cuanto a la acción del Gobierno del Centro, será la de impartir su decidido apoyo, su ayuda absolutamente decidida a todo lo que signifique progreso, a todo lo que signifique desarrollo de las riquezas naturales del Estado.

Reiteraré lo que dijera en otra parte: deseo ayudar y procuraré ser eficaz, hasta donde las circunstancias me lo permitan, porque nunca se obstruya el camino de las libertades de Yucatán, llevando una impresión tan precisa hasta donde me lo permita el corto tiempo que he permanecido entre ustedes.

Los asuntos locales, como decía el joven que hizo uso de la palabra, son de la exclusiva competencia de los hijos de Yucatán, y como candidato triunfante, como primer mandatario de la Nación, quiero repetir lo que he dicho muchas veces: que la Constitución General de la República, con o sin defectos, será la pauta única del Gobierno Federal, porque todos los ciudadanos, con más amplio criterio, podrán ejercitar sus derechos, sin salirse de esa pauta que es la Constitución General de la República, porque es la única que puede determinar los actos de sus gobernantes (Nutridos aplausos y dianas).

Discurso en el Parque del Centenario durante el banquete que le ofreció el "Partido Socialista," la noche del 7 de septiembre de 1920.

Durante el día de hoy he dirigido cuatro veces la palabra a los hijos de Yucatán, y quisiera, durante los días que voy a permanecer aquí, estarlos escuchando y estarles hablando constantemente, porque es de esta comunión de pensamientos, de este oír y expresar ideas, de donde debe nacer la buena inteligencia que en el futuro debe prevalecer entre los gobernantes y los gobernados. Entramos a vivir una vida nueva y es necesario para la gran familia mexicana, que se ha distinguido por su afán, por su continuo afán en sostener los principios fundamentales del civismo y del decoro y los principios liberales que son la base de toda la evolución social, llegar a una perfecta inteligencia, porque de esta manera se acabarán los choques y las fricciones, y podrá esa gran familia tener una pauta que marque el sentido común, que marque las aspiraciones de todos los ciudadanos, y que marque la civilización. (Aplausos).

Todo el día de hoy he recogido las más gratas impresiones. En la ciudad de Progreso habló un joven orador en representación del "Partido Socialista de Yucatán", cuyo discurso, fecundo en ideas liberales, no rebasó un sólo momento ni una sola sílaba siquiera de los fueros del derecho y de los fueros de la moral. (Aplausos).

En nuestra expedición a la ciudad de Izámal, escuché también con regocijo a los oradores que hicieron uso de la palabra para dar la bienvenida y para expresar sus anhelos. Se produjeron con dos discursos llenos de entusiasmo y llenos de cariño para todos los habitantes de la República que quieran ir hacia la evolución y hacia el progreso.

En esta fiesta, en esta noche en que nos encontramos congregados alrededor de esta mesa, el señor doctor que ha hecho uso de la palabra para ofrecer esta fiesta, se ha producido también con una elocuencia y una mesura que será un mentís a los que traten de presentarnos al "Partido Socialista de Yucatán" como una agrupación disolvente. (Aplausos).

Mucho me satisface que poco a poco vayamos orientándonos los unos a los otros; mucho me satisface que estemos enteramente de acuerdo en que el camino, esa cuesta arriba azarosa y fatigosa que siguen los pueblos para conquistar sus libertades, no debe hacerse a saltos, sino paulatinamente, en un esfuerzo continuo e interminable. Nunca se llega a la victoria; mentira los que digan que han llegado a satisfacer todas sus necesidades. Cuando se satisface una necesidad empieza a sentirse otra; porque es siempre el mayor dolor el que reclama toda nuestra atención; pero detrás de ese dolor

sigue otro dolor y por eso la humanidad nunca ha dejado de luchar por conquistar un mejoramiento; un poco de moral para nutrir su espíritu. Cuando se realiza un ideal, por ese sólo hecho deja de ser ideal y necesitamos fijar nuestra vista en otro más avanzado. Si pensamos en lo que podemos tener mañana se nos hace poco lo que tenemos ahora; pero si retrocedemos y pensamos en lo que teníamos ayer, tenemos que sentirnos satisfechos con lo que ahora tenemos. Es, pues, necesario que se haga del dominio público, que se conozca fuera y dentro de nuestras fronteras que los verdaderos líderes del Partido, no son los disolventes de que nos hablan los enemigos de las libertades: (Aplausos) que es un Partido que lo forman una gran masa de ciudadanos, entre los cuales hay muchos nobles anhelos, muchos anhelos que desean realizarse dentro de los preceptos que marcan nuestras leyes; muchos de esos anhelos que pretenden realizarse en bien de las colectividades, pero sin acudir a la violencia, sin acudir a las revoluciones, porque ya las revoluciones han pasado en nuestra Historia.

Yo hago votos porque este Partido siga siempre por esa pauta única por la cual puede obtener su victoria, pues cualquiera violencia, cualquier acto que se saliera de los preceptos que marca la moral y la ley sería un arma poderosa que el Partido Socialista entregara en manos de sus enemigos. (Nutridos aplausos).

Quiero repetir las recomendaciones que hice hoy en la tarde; es necesario para el buen nombre de este Partido, que esté siempre alerta y no permita que se mezclen en sus filas hombres que quizás vengan pagados por los enemigos de las libertades para inyectar la ponzoña, sembrar la cizaña y predicar la anarquía (Bravo, aplausos).

Yo no quiero en estos momentos en que acudimos a una fiesta que nos llena de regocijo, convertirme en acusador y usar la posición ventajosa que gracias al sufragio de mis conciudadanos ocupo en estos momentos; pero es necesario que estén más alertas y cuiden que no se incorporen a ustedes hombres que por su buena estrella han escapado de la guillotina y de las bartolinas. (Aplausos) Yo no quiero convertirme en acusador, como antes les decía, y ni siquiera me ocuparé en citar su nombre; (La multitud es toda oídos) pero si los miembros del Partido Socialista, se empeñan en investigarlo, muy pronto sabrán que en esta fiesta, en esta fiesta de la democracia, en esta mesa donde se han congregado los principales directores del Partido Socialista Yucateco, ha tomado asiento un hombre que aplaudía regocijado en Chihuahua, cuando iba yo a ser pasado por las armas. (La multitud pide a gritos que se diga su nombre) Yo no quiero que se ejerciten venganzas; sería yo muy mezquino si ocupando la posición que tengo en estos momentos, quisiera confundir a un pobre ser cuya estructura moral no le permite siquiera un rayo de luz en su cerebro (Aplausos.)

Yo soy el primero en perdonar a esos hombres porque sé que

no nacieron para ver el sol de frente. Sé que nacieron desheredados de la fortuna y solamente dotados para hacer el mal y para emponzoñar las conciencias con quienes tienen contacto; pero sí quiero que el Partido Socialista se libre de estos ejemplares y que en lo sucesivo tome más cuidado al recibir en su seno advenedizos que lo desprestigian. (La concurrencia aplaude frenéticamente).

Discurso del General en el Día de Campo que, en la Hacienda Sodzil, le ofreció un grupo de comerciantes y hacendados henequeneros, el 9 de septiembre de 1920.

Cada día que he pasado en Yucatán despierta para mí un nuevo interés y es por eso que he tenido que destinar muchos más de los que había fijado para pasar en esta entidad. El deseo mío de llevar al Poder la mayor suma posible de conocimientos, en lo que respecta a cada una de las necesidades de la República, ha sido la base de mi gira política. Yo he leído en nuestra Historia, con profunda pena, que han sido rarísimos los mandatarios que han sabido o que han podido llenar la misión que el pueblo de la República les ha confiado.

Lo primero que se necesita, indudablemente, para corregir un mal, es conocerlo; y lo primero que se necesita para conocer los males de que adolecen nuestros pueblos, es acercarse a ellos y palparlos, escuchando todas las voces que alrededor de nosotros se levantan, cuando llegamos a una entidad desconocida, muy principalmente.

Si ha sido una tarea muy difícil gobernar a un Estado en tiempos normales o semi-normales podríamos decir, ya que para desgracia nuestra la vida normal de la República ha tenido períodos tan raquíticos, es mucho más difícil en estos momentos en que en el mundo entero chocan intereses diversos, y se producen crisis cuyos resultados todavía no se atreven a predecir los hombres de Estado.

Yo decía en una ocasión, me parece que en Puebla, que no tengo ninguna preparación política para gobernar a un país; pero sí tengo una preparación moral para que me sirva de línea de conducta y que selle todos mis actos. (Nutridos aplausos).

No es tarea de un hombre encauzar a un pueblo: es tarea del pueblo mismo. En nuestro país, en un período ya muy prolongado y doloroso, hemos venido buscando una orientación para acabar con nuestras luchas intestinas y establecer definitivamente los derechos de cada uno. Esa orientación no puede darla un hombre si no lo apoyan en su misión todos los hombres que crean que se debe seguir esa ruta y que tienen obligación de cooperar con aquel

hombre por el cual han depositado su voto, porque en él han depositado su confianza. (Aplausos).

El problema que tiene afectado al mundo en estos momentos es el choque entre el capital y el trabajo y es necesario que cada uno de los hombres que componemos la familia mexicana y que tenemos alguna dosis, pequeña o grande, de cultura, llevemos nuestros desvelos a estudiar la manera de resolver esos problemas y procuremos orientar a las masas populares que probablemente se desbordarían si no hay un esfuerzo consciente y sensato que procure encauzarlas (Aplausos entusiastas).

Nuestros gobiernos anteriores, no sé si por falta de voluntad o por falta de fondos tal vez, descuidaron la instrucción de una gran mayoría de nuestros conciudadanos, y ese formidable lastre que pesa sobre toda evolución ordenada y sistemática, tenemos que orientarlo cuidadosamente, porque de lo contrario correríamos el peligro de naufragar, porque el lastre pesaría más que las fuerzas de la nave (Aplausos).

La ignorancia de esa gran mayoría de nuestros conciudadanos no debe despertar en nosotros desprecio, y mucho menos odio; ellos son mucho más pobres que nosotros, porque no tienen una ilustración suficiente para que les permita definir sus derechos, saber dónde terminan los de ellos y dónde empiezan los de los demás (Aplausos). Debemos entonces buscar los medios constantemente, sin descansar un sólo instante, de llevar la persuasión a sus conciencias, de llevar un consejo bienhechor a sus oídos, y no palabras que exasperen su ignorancia y que los haga desesperar en su insignificancia. Si mañana nuestra incapacidad nos demuestra que no hemos podido reconstruir a la Patria, el mundo civilizado no va a condenar a esos millares de indígenas que no saben leer ni escribir; va a condenar a los hombres que recibieron alguna ilustración en las escuelas, que recibieron algunas cátedras de moral en los hogares y que no supieron hacer uso de ellas para encauzar a esas masas ignorantes y desheredadas (Aplausos).

Yo he podido hablar en Yucatán, donde he sido escuchado por masas populares en las que predominaba indudablemente el elemento inculto, y no ha salido de mis labios ni una sola frase que tienda a soliviantar su espíritu, ya demasiado sacudido, ni a herirlo en su amor propio, ni a hacerle sentir el paso de su ignorancia (Aplausos). Han sido mis palabras de consuelo y de cariño. Ese pueblo, con el que he podido vivir vinculado durante muchos años, ha ido a la lucha a llevar un poderoso contingente de sangre en cambio de una esperanza que venga a alegrar las tinieblas de su vida, y allá en la lucha han quedado muchos de esos hombres que han ofrendado su vida por la salvación de sus hermanos.

Las revoluciones, señores, no son manantiales de bienandanza; son sacudimientos que a los pueblos causan grandes daños; y sus frutos no pueden recogerlos sino las generaciones venideras (Estruendos aplausos). Las revoluciones enrolan entre sus caudillos

a hombres de diversas tendencias y de diverso nivel moral, y muchos tratan de prostituirlas y desprestigiarlas creyendo que las revoluciones se hacen para el medro personal (Aplausos delirantes). Y es por eso que algunos escépticos llegan a condenar una revolución por los actos aislados de algunos de sus caudillos. La revolución mexicana, en la que he venido tomando alguna participación desde que se iniciara, ha traído como base los anhelos más nobles y los ideales más puros. Sus caudillos, no todos, respondieron; muchos prostituyeron sus galones y los convirtieron en dólares. Muchos agitaban al pueblo y buscaban populacherías callejeras con detrimento y desprestigio de la parte fundamental que persigue nuestra revolución (Desbordantes aplausos). Por eso nuestras revoluciones no habían terminado. Las revoluciones nunca terminan mientras no llenan su objeto. Un nuevo movimiento se produjo en los últimos meses, y sin derramar sangre, sin destruir la propiedad en beneficio de unos cuantos, el iris de la paz se tiende a lo largo del territorio mexicano (Aplausos).

Los que tenemos el orgullo de haber tomado participación en el último movimiento revolucionario, invitaríamos gustosos a los que condenen ese movimiento, para que señalaran en sus directores alguna promesa que significara una inmoralidad; alguna promesa que fuera más allá de los límites del honor y de la mesura. Predicamos la verdad, predicamos la moral; y la verdad la predicamos porque es la moral hecha palabras; y así bastó para que en un movimiento reivindicador rodaran por tierra los falsos caudillos y se conformaran con ir a dilapidar en tierras extranjeras el dinero sustraído de las arcas. No podemos decir que la obra es perfecta y que está terminada. La evolución de los pueblos no termina nunca; pero excitamos a los enemigos de esa revolución a que nos digan si se han reproducido los excesos; si se han reproducido los atentados en el último movimiento (Aplausos).

Va, pues, mi invitación a todos los hacendados y comerciantes de Yucatán que han tenido la galantería de ofrecerme esta convivalidad, para que pongan su esfuerzo, para que pongan su acción, su inteligencia toda, al servicio de la acción misma, y nos ayuden a resolver los trascendentales problemas que tenemos; y mi gratitud y la de todos mis compañeros, por las atenciones de que hemos sido objeto (Aplausos nutridos y dianas).

Discurso del General Obregón en Espita, el 10 de septiembre de 1920.

Cumpliendo el ofrecimiento que les hice cuando recibí la invitación de ustedes, ahora me encuentro en esta villa. Ha sido mi mayor anhelo, la llegar hasta Yucatán, recorrer el mayor número de

86

sus poblaciones para ir expresando mi opinión y recoger las opiniones de los demás.

El socialismo es un ideal supremo que en estos momentos agita a toda la humanidad. El socialismo es un ideal que debemos alentar todos los hombres que subordinamos nuestros intereses personales a los intereses de las colectividades. El socialismo lleva como mira principal tender la mano a los de abajo para buscar un mayor equilibrio entre el capital y el trabajo, para buscar una distribución más equitativa de los bienes con que la naturaleza dota a la humanidad.

Para llegar a esta conquista, para lograr acercarnos a este ideal supremo, necesitamos una labor muy consciente y muy constante, porque a ello se oponen, naturalmente, muchos de los intereses materiales acumulados por hombres que necesitan defenderlos; y es necesario que los que nos ponemos al frente de esos movimientos, los que representamos núcleos, más o menos grandes, de desheredados que anhelan la aproximación a ese ideal, vayamos con paso firme, vayamos conscientes de la responsabilidad que pesa sobre nosotros si no sabemos encauzar esos anhelos para llevarlos por camino propio.

Es indudable que la verdadera igualdad como la anheláramos o la anhelamos, no podría realizarse en toda la amplitud del concepto, de la palabra, porque en la lucha por la vida hay hombres más vigorosos, hay hombres más inteligentes, hay hombres acondicionados, preparados física e intelectualmente mejor que los demás, y esos, es indudable, son los que tendrán que sacar mayores ventajas a sus esfuerzos en la lucha por la vida; pero sí es necesario, y eso sí lo podríamos realizar, que los de arriba sientan más cariño por los de abajo; que no los consideren como factores de esfuerzo a su servicio únicamente, sino como cooperadores o colaboradores en la lucha por la vida, para quienes deben mayores consideraciones y mayores atenciones en el pago de sus esfuerzos.

Decía el orador, y decía con razón, que la principal arma a que debemos acudir para la realización de esos anhelos, es la instrucción. La instrucción, señores, es la que mejor prepara al hombre para defenderse en la lucha por la vida; la ilustración es la mejor arma de defensa que debe tener todo ciudadano; primero, para exigir sus derechos cuando ellos sean violados; segundo, para definir sus derechos y saber también dónde empiezan los de los demás; porque mientras tengamos grandes masas de analfabetas, será muy tentadora la situación para los poderosos, y ellos siempre intentarán violar los derechos de aquéllos, considerando que no saben defenderlos. Es, pues, necesario que el primer esfuerzo el primer impulso se encamine a la ilustración a la educación de nuestras grandes masas.

Yo exhorto al Partido Socialista a que continúe su lucha hacia el ideal; que procure luchar constantemente, pero conscientemente, sin tratar de hacer una conquista como esa en un tiempo de

masiado corto, porque la humanidad, en esas evoluciones continuas, hace sus conquistas gradualmente. No se puede, de la esclavitud, ir a la perfección en uno o dos lustros. Nuestras conquistas serán lentamente sumadas a nuestros esfuerzos.

Yo encarezco al Partido Socialista que siga encauzando sus esfuerzos; que no permita que se tome su nombre para predicar lo que es violatorio a nuestras leyes, porque eso le resta fuerzas a su partido. He escuchado con mucho gusto las palabras del joven orador que se dirigió a nosotros hace unos momentos, porque ellas están en lo absoluto apegadas a la moral y al derecho, porque ellas son una garantía de orden y de paz, porque ellas son una nota de aliento para los luchadores del Partido Socialista, y mis felicitaciones más sinceras y mis deseos porque siempre tenga al frente hombres que sean respetuosos a la ley y a los derechos ajenos. (Aplausos y vítores).